

*Arato toma el mando de las tropas aqueas. – Semblanza de este ilustre pretor.*

Llegado que fue el tiempo legítimo de su asamblea (año -221), los aqueos concurrieron a Egio. Luego de formado el consejo, los patrenses y fareos expusieron los perjuicios que había sufrido su país con el paso de los etolios. Los mesenios acudieron por sus diputados, y pidieron igualmente que se les amparase contra la injusticia y perfidia de estas gentes. Escuchadas estas representaciones, los aqueos se condolieron de los patrenses y fareos, y tuvieron compasión del infortunio de los mesenios. Pero sobre todo, lo que más les llegó al alma fue el que los etolios, sin haberles concedido ninguna licencia para el paso, ni haber intentado siquiera el prohibírselo, se hubiesen atrevido a penetrar con ejército en Acaya contra el tenor de los tratados. Irritados con todos estos motivos, decretaron socorrer a los mesenios; y una vez puestos sobre las armas los aqueos por su pretor, lo que pareciese conveniente a los miembros de la asamblea, aquello se tuviese por valadero. Timóxeno, a quien duraba aún el tiempo de la pretura, como que tenía poca confianza en los aqueos, gentes que en aquella era habían mirado con desduido el ejercicio de las armas, rehusaba encargarse de la expedición y del alistamiento de las tropas. Efectivamente, después de la caída de Cleómenes, rey de Esparta, los peloponesios, cansados con las guerras anteriores, y fiados en la tranquilidad presente, habían abandonado todo lo concerniente a la guerra. Pero Arato, conolido e irritado con la insolencia de los etolios, manejaba con más ardor el asunto, como que ya de antaño provenía la enemistad con estas gentes. Por lo cual procuró poner cuanto antes sobre las armas a los aqueos, resuelto a venir a las manos con los etolios. Finalmente, habiendo recibido de Timóxeno el sello público cinco días antes del tiempo acostumbrado, escribió a las ciudades para que

congregasen en Megalópolis con sus armas a todos los de edad competente. Pero me parece del caso anticipar una breve noticia del raro talento de este pretor.

Tenía Arato, entre otras dotes, el de ser un perfecto estadista. Poseía el talento de la palabra, el del ingenio y el del sigilo. En calmar disensiones civiles, granjearse amigos y adquirirse aliados, no tenía igual. En hallar trazas, artificios y asechanzas contra un enemigo, y éstas llevarlas a debido efecto a costa de fatigas y constancia, era el más astuto. De esto se podrían dar muchos claros testimonios, pero los más sobresalientes se ven particularmente en la toma de Sición y Mantinea, en el desalojamiento de los etolios de la ciudad de Pelene y, sobre todo, en la astucia con que sorprendió el Acrocorinto. Pero este mismo Arato, puesto en campaña al frente de un ejército, era tardo en el consejo, apocado en la resolución e incapaz de esperar sin moción la aparición de un peligro. Por eso, aunque llenó el Peloponeso de sus trofeos, con todo, casi siempre fue despojo de sus contrarios. Así es que entre los hombres existe no sólo cierta diversidad en los cuerpos, sino aún más en los espíritus; de forma que un mismo hombre ya es apto, ya inepto, no digo para diversas funciones, sino aun para algunas de la misma especie. Vemos muchas veces a uno mismo ser ingenioso y estúpido, igualmente que a otro intrépido y tímido. Ni son estas paradojas; son sí verdades comunes y notorias a los que quieren reflexionar. Vemos unos ser animosos en las cacerías para pelear con las fieras, y estos mismos ser cobardes en la guerra y a la vista del enemigo. Tal es expedito y astuto para el ministerio militar cuando el combate es particular y de hombre a hombre, pero en uno general y formado con otros es de ningún provecho. La caballería tesálica, por ejemplo, situada por escuadrones en batalla ordenada, es irresistible; pero fuera de aquí, para luchar de hombre a hombre, cuando el tiempo y la ocasión lo requieren, es inútil y pesada. A los etolios sucede todo lo contrario. Los cretenses, bien sea por mar, bien por tierra, si se trata de emboscadas, latrocinios, sorpresas del enemigo, ataques nocturnos, y cuanto requiera dolo en una ocasión particular, son intolerables; pero en batalla campal y al frente del enemigo son cobardes y apocados de espíritu. Los aqueos y macedonios al contrario. Hemos apuntado estas reflexiones para que los lectores no extrañen al escuchar si alguna vez de unas mismas personas proferimos juicios diversos sobre hechos entre sí semejantes.